XIII

SEGUIMOS EN ESPAÑA

El mal camino andarlo pronto. No dejemos ya las secciones españolas, y visitemos, en el descomunal Palacio del Campo de Marte, nuestra clase 86: hilos, tejidos, ropa. Para nosotros ha sido conveniente el sistema de clasificación científica adoptado aquí. Si los productos de cada nación se presentasen juntos, como otras veces, y nuestra Exposición se viese reunida toda, y se comparase á la de otras naciones, resaltaría más aún la pobreza de nuestros envíos. El tener que buscarnos en varios sitios disimula algo nuestra desnudez, sin llegar á cubrirla, por supuesto.

No hemos andado menos generosos y rumbosos que para los alimentos, para la industria de los tejidos. A aquellos dedicamos una Alhambra; á ésta un soberbio claustro, quizás reproducido de algún edificio monumental de

Valladolid - no afirmo la procedencia; - un claustro gótico florido, con reminiscencias de lo que en Portugal se llama estilo manuelino; cosa magnifica. Gran derroche también de banderas y trofeos. Y al mirar lo que hay detrás de tan aparatosa fachada, recuerdo las litografías románticas de Parcerisa, donde suele verse á un aldeano guisando su humilde pitanza en majestuosa chimenea ojival cargada de hojarasca, imaginería y blasones, ó á unos chiquillos desarrapados jugando á la ravuela al pie de un sepulcro de paladín ó de una portada incomparable. Es mucho patio para tan poca industria. Eso sí: tocante á instalación, les hemos puesto á todos la ceniza. O somos, ó no somos.

CHARENTA DÍAS EN LA EXPOSICIÓN

Lo primero que diviso-ejemplar bien característico-es la vitrina de un sombrerero. ¿No habéis reflexionado acerca de la importancia del sombrero en nuestra tierra y el cariño que al sombrero profesa el español? Buena ó mala, el sombrero nos da sombra. Consideremos esta vitrina, que tiene su filosofía, que es un documento social. Recorreréis las instalaciones de los grandes pueblos que van al frente de la civilización v no encontraréis sombreros tan majos v de tan alta categoría, expresada por penachos, borlas, moñitos y dorados á porrillo. ¡Qué llorones tan marciales y espléndidos, de inmaculada blancura, en espera de que los ágite el aura de la gloria! ¡Qué borlones de seda, copiosos, desparramados, semejantes á enormes flores verdes, rojas y amarillas, destinadas á proclamar la dignidad de la ciencia! ¡Qué

sombreros apuntados con orla de espuma, hechos un ascua de oro, símbolo de los desvelos v honores del funcionalismo! Y al lado-conmovedora indicación de la igualdad ante el sombrero-qué relucientes chisteras de lacayo con los galones y la cucarda solemne! En esa vitrina se resume nuestra vida nacional. Falta únicamente la clásica montera del torero, y el flexible cordobés del chulapo. Verdad que estas dos coberteras no pertenecen al mundo de las jerarquías oficiales. Son la España indómita en su propio jugo.

Me separo de nuestras cabezas y miro nuestras sombrillas y abanicos, artículos genuinos también. Al curiosear este escaparate, las parisienses darán crédito á la levenda según la cual todas las españolas corren enloquecidas á la Plaza de Toros á embriagarse de sangre. Sombrillas amarillas y encarnadas; abanicos con episodios de la lidia; carteles en seda, de la corrida, por supuesto, es lo que abunda y se mete por los ojos en las instalaciones abaniqueras de Valencia y Barcelona. Y en España se fabrican bonitos abanicos. Algunos ejemplares veo, eclipsados por la torería, que confirman mi aseveración. Nuestra industria abaniquera española, sobre todo en las clases baratas, es interesantísima. Yo he pasado horas muy entretenidas viendo fabricar abanicos de olivo, ébano y sándalo. Ahí está el profesor Serra, cuyo escaparate madrileño no me dejará mentir. Serra imita y reproduce con inteligente fidelidad modelos antiguos. ¿Por qué no

ha expuesto Serra? A poco que se hiciese, los abanicos españoles se impondrían, por su gracia y su módico precio. Debían haberlos fabricado aquí mismo, á vista del público. Tendrían una salida extraordinaria. Todo el mundo querría llevarse un abanico español, pues todavía dura su fama, como dura la del chocolate.

En realidad, por lo aquí expuesto no se sospecha cual puede ser nuestra industria. Recordando un viaje que hice por Cataluña y Vizcaya, y en que ví fábricas y establecimientos á cente nares, muy notables algunos, me pregunto si todo aquello era soñado, ó si obstáculos semejantes á los que denuncian personas que, con motivo de estos artículos, me escriben, se han interpuesto impidiendo que se vea y conozca el trabajo español. No seremos de las primeras naciones industriales; pero somos más, mucho más de lo que aquí aparece. Naciones diminutas, y hasta hace poco atrasadas, nos dan ejemplo. Grecia, Mónaco "en su roca", nos sobrepujan fácilmente.

Algunas lanas de Gerona; muestras de pasamanería; escasos tejidos; dos ó tres instalaciones de lencería y ropa blanca confeccionada, entre ellas la de Aurigemas, de Barcelona, donde se surte de mantelería, pañuelos y camisas la Guía de Forasteros, y andan como Pedro por su casa los blasones y las coronas heráldicas; bordados mecánicos de Saravia, de Santander; alpargatas de San Sebastián... y ya no hay cosa mayor que agregar á la lista. Debo añadir que ciertos bordados merecen men-

ción especial, y no sé por qué están aquí y no en la sección artística. Son labores de mujer, pero no adolecen del defecto que generalmente se censura en las obras de la aguja ó del palillo: el mal dibujo, la falta de gusto y de arte. Encuentro, sobre todo, un bordado á realce, blanco, que no tengo palabras con que elogiar. No puedo citar el nombre de la autora, porque no logro encontrarlo, á pesar de un minucioso registro. Este primor es anónimo. Está en un marco algo alto, y en sitio no muy visible. Desde lejos creí que era una porcelana delicadísima, un ejemplar de Wegdvood descarriado en la sección española. Representa á la Aurora en su carro. Manos de hada tiene quien lo labró.

Descubro bordados en pelo, testimonio de la paciencia de la mujer reclusa en su hogar, y bordados en seda y en hilo, indicios de aptitudes que en Francia se cotizan, y en España rara vez se aprovechan, estragándose en aplicaciones á inutilidades como relojeras, bolsitas, zapatillas, tirantes y otros objetos anticuados, feos y hasta ridículos. La demostración de que el español sirve para todo cuando quiere, es la instalación de un zapatero, lo mejor de nuestra industria en ropa, lo mejor también en su género de la Exposición. Aunque sea por los pies, en algo ocupamos el primer lugar. Calzado como el de Villarejo, de Bilbao, no se ve por ahí, con tanto como hay expuesto de zapatería en la sección interminable de la ropa.

Es calzado de lujo, de todo lujo. Los precios para señoras oscilan entre cincuenta y noven-

ta francos; para hombres, entre cincuenta y doscientos. Cerca de mil reales un par de botas, aunque se llamen "Chantilly', es cifra que hará estremecerse á los padres de familia españoles. C'est raide, he oído decir aquí mismo á los franceses. Villarejo va á establecerse en Madrid, y va verán ustedes cómo ocurre que todos los zapateros de la villa v corte cifrarán su orgullo en imitarle... la tarifa. Exorbitante la encuentro, pero incomparable es el calzado. Parece que este zapatero y fabricante de hormas desentierra y retribuye con desusada munificencia á los mejores oficiales de obra prima. Muchos son españoles, aunque no faltan extranjeros. El sistema de Villarejo consiste en exigir poca labor, pero labor perfecta, aplicando á la fabricación de este calzado de lujo el principio de que, transcurrido cierto número de horas de trabajo, el obrero, rendido, va no hace más que echar á perder la obra.

Ante el escaparate de Villarejo terminó mi visita á la sección industrial. Obscurecía, y la penumbra, apagando los colores toreros de las sombrillas y los abanicos, y confundiendo los tonos de los bordados de seda, hacía parecer más vacío, más desierto el claustro romántico. Los guardias de abajo hablaban á gritos con los de arriba, por el gusto de cruzar frases en español. Uno de abajo recomendaba á su compañero el programa de ciertas fiestas de capital de provincia.

-¿Qué hay en ese programa?—preguntaba el guardia desde lo alto. ¿Es bonito?

-¡Precioso! - respondía su interlocutor. - Hay... hay la Plaza de toros, y hay un toro, y un torero.

−¡No, que habría un catedrático!—pensaba yo al alejarme.